



De reajo

JOSÉ M^º REQUENA
COMPANY

Abogado

CORAZONES EN
LA OSCURIDAD

A VECES, confirmar desde la inestable atalaya del franco/lector raso la madurez de un autor aún no consagrado, produce un gozo iluso, que ya saboreé cuando premiaron con el Nobel a P. Neruda o a H. Böll, y luego a otras figuras apenas conocidas por aquí pero que ya había leído, siquiera incipientemente, alumbrado como estuve para detectar ciertos tesoros por aquel excepcional profesor de lengua que fue don Pascual. Y ahora he vuelto a sentir ese incauto goce presagiador de estar ante alguien condenado al Olimpo literario, leyendo «Corazones en la oscuridad» (Anagrama), de Joaquín Pérez Azaustre, un escritor joven pero ya curtido que parece dotado del semen creativo de los dioses para reinventarse a sí mismo en cada nueva obra; cuyo talento, elogiado hace poco por «Los Nadadores» se revalida ahora con esta novela, de una prosa que no respeta la física newtoniana, ni se somete a la gravimetría orbital, sino que invita a levitar sobre suspicacias cuánticas de incertidumbre y azar, entre la zozobra de una trama tan intrascendente como primorosa, que igual puede disfrutarse a sorbitos golosos, que de un soberbio trago del que acaso precisará luego redimirse. Una obra

He vuelto a sentir ese
incauto goce presagiador
de estar ante alguien
condenado al Olimpo

que canoniza al ya laureado premio Loewe por «Las Ollerías», o el Gil de Viedma por la «Vida y leyenda del jinete eléctrico», etc., por consumir el reto de subvertir su lírica en prosa poética y desvelarnos, a través del devenir de tres mujeres y sus fantasmas, que hay memorias bifrontes, corrosivas hacia dentro (melancolía) y hacia afuera idealizadas (fervor); memorias que duelen si no las purga los años ni el olvido; o memorias yertas que petrifican el recuerdo en mitos, en ritos, tal vez en cruces, sin aprender a desmemoriarse y seguir viviendo, que es un arte para elegidos. Quien se zambulla entre sus páginas se empapa de emociones porque es una obra que rebosa no solo sensibilidad sino, también, amores heridos de nostalgia, esa variedad de excoiación amorosa -a veces, como aquí, tan hermosa-, que es imposible percibirla y no hacerla propia. Máxime cuando viene unida entre alegorías teatrales (Ibsen) y pictóricas (Magritte) que potencian la dimensión estética de la evocación como clave identitaria. Y es que, como decía Borges, los hombres somos eso, memoria, ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos que hoy los corazones en tinieblas de Pérez Azaustre, reflejan tan exquisitamente.